

Tampoco las escuelas conservadoras, llámense monárquicas ó republicanas, siguen "la tendencia de nuestros tiempos", porque, convencidas de la esterilidad del principio individualista, véñse obligadas á procurar su remedio, con la agrupación y coalición de intereses, y facilitan y protegen la asociación, tanto por advertir sus ventajas como por arrancar un principio importante de la bandera de sus adversarios. No idearon ni defendieron los hombres radicalmente colectivistas, sino los genuinamente conservadores. el socialismo cooperativo, ni el socialismo de Estado. Aquel fué ideado y llevado á la práctica por economistas conservadores, ingleses y alemanes; éste tuvo su campeón más decidido en el Príncipe de Bismark y hoy lo tiene en el *Kaiser* Guillermo II. Dentro de nuestra misma patria hoy, por razones económicas, van renaciendo, con notoria pujanza, los antiguos gremios, que adquieren el carácter de corporaciones oficiales, íntimamente ligadas con la administración del Estado. Este, pues, se aparta de "la tendencia de nuestros tiempos," aunque está regido por gobiernos liberales. Harto más respetuoso con el principio individualista hubiera debido ser el que ocupaba el poder, á raíz de la revolución de 1868, en que los derechos individuales, ilegislables, imprescriptibles é inalienables constitufan una verdadera obsesión de los hombres políticos; pero aquel mismo gobierno dijo en el decreto de 30 de Noviembre de 1868: "Empero si el principio de asociación no es tradicional en la legislación española, es en cambio *una viva creencia de nuestra generación, una de las necesidades más profundas de nuestro país y una de las reclamaciones más claras, justas y enérgicas de nuestra gloriosa revolución.*" Este decreto va subscripto por el Sr. Sagasta, cuyas ideas pugnaban, sin duda, con "la tendencia de nuestros tiempos" y no compaginaban "con el credo político del partido liberal."

Entre las escuelas radicales, el colectivismo socialista, desde que Carlos Marx y Federico Engels redactaron el *Manifiesto* de 1847 y el primero, combatiendo el pseudo-socialismo de Proudhon, proclamó, en sus libros *Miseria de la Filosofía* y *El Capital*, la coalición del proletariado como necesaria para la conquista, por éste, del poder político, primero al organizar la famosa *Internacional*, respondiendo al grito de Marx y Engels "¡obrerros de todos los países, uníos!" y después de disuelta aquella formidable asociación, al crear los partidos nacionales, siempre el socialismo colectivista procura agrupar y reunir los intereses de clase (proletariado) para combatir los de otra clase (burguesía). Vive, pues, "en pugna con la tendencia de nuestros tiempos."

Llegamos al comunismo anarquista, al partido que profesa el principio individual en su más lata extensión; pero tampoco los pícaros anarquistas quieren dar la razón á nuestros colegas y consignan, entre sus principios políticos: "4. Libre cambio de los "productos equivalentes, realizado *por medio de las mismas or-*